

SEIS CANTOS A LOS PRIMEROS POBLADORES DE ARTAJONA

Víctor Manuel ARBELOA MURU
vmarbeloa@gmail.com

(Canto para recitarlo en voz alta)

I

Lo descubrió Tomás López Sellés
en el año de gracia de 1960.
Cuando él, Domingo Fernández Medrano
y Juan Maluquer de Motes
pusieron sus sabias manos sobre el tesoro,
tiempo hacía que lo habían
profanado y vaciado salvajemente.
Dolmen, en bretón,
quiere decir Mesa grande de piedra.
Fueron los primeros monumentos públicos
en medio mundo:
desde Irlanda a Turquía,
y desde el Norte de África
hasta Oriente Medio, la India y Corea.

Galería cubierta de piedra,
partida por la mitad
por una losa perforada -hazaña
de la ingeniería civil del Neolítico-,
es este primer dolmen de Artajona,
de casi seis metros de longitud y dos de altura.
Con vestíbulo o cámara meridional,
le cubría un túmulo piadoso
de piedras y de tierra,
dándole solidez y manto protector.
Hoy se enfrenta impávido a la intemperie,
sin tener ya nada que guardar en sus entrañas,
si no es su inmenso simbolismo.
La cuidada labra de piedra hace de él
el ejemplar más rico
de la cultura megalítica navarra.

Otro dolmen cercano, llamado de la Mina
(por una antigua explotación de cobre,
pronto abandonada),
que halló el guarda rural, Baltasar Andueza, dos años más
tarde,
-un poco más largo, un poco más ancho-
tuvo a buen seguro los mismos
o parecidos arquitectos.
Más arruinado en formas que su homólogo,
llegó hasta ayer intacto del expolio habitual.

II

No están en cualquier lugar.
Se asientan en pequeños promontorios
que dan luz y viento a los carnarios colectivos,
los hacen visibles en los pasos más frecuentes
y presiden los paisajes compartidos por amigos y enemigos de
la tribu.
Son trofeos de la vida frente
al reino de la muerte.
Memoria de los muertos,
aviso poderoso de los vivos.

Sellados con la A de los actuales
Añorbe y Artajona,
dos pueblos, dos valles con sus dos horizontes,
aquella estampa geográfica
de pastos naturales,
de largos espacios de caza
y reducidos campos de labor,
hoy la historia ha llenado de nombres
Y se llaman, allá lejos:
Espáraz, Villanueva, la sierra del Perdón:
más cerca: Las Nequeas, Enériz,
los Altos de Ibarbero,
y, a los pies del mismo monumento funerario,
el vivo y creador Canal de Navarra.
En la otra vertiente,
que un panel informativo certifica,
puede verse, en las lejuras,
el Moncayo y la sierra Cebollera,
y aquí cerca, Montejurra
y los montes de Miranda,
Larraga, Berbinzana y Artajona,
con el Cerco y la ermita-basílica de la Virgen,
traída por un cruzado
desde la misma Jerusalén.
¿Qué fue de aquellos bosques
y de aquellos pastizales?
Hoy vemos, más acá o más allá
de pequeñas colinas,
feraces tierras de vid, olivos, trigo y cebada,
avena, maíz y girasoles,
regadas con el agua común del Canal.



III

Encontraron en el dolmen intacto de la Mina
un verdadero osario: piezas dentarias,
fragmentos de cráneos,
grandes huesos humanos.
Escaso ajuar, armas incluidas:
puntas de flecha de sílex,
una parte de flecha de cobre,
punzones de bronce
(¡señal inequívoca de que,
en tiempos sucesivos,
trabajaron los diversos metales!)
y una parte de flecha de hueso.
Algunas de esas armas fueron, quizás,
causa directa de la muerte
de algunos enterrados.
Humildes eran los adornos:
botones de hueso, cuentas de collar,
y cuentas discoidales de caliza.
En esos rudos vasos y vasijas,
de que solo quedan restos,
dejarían a veces sus pobres, últimas,
Pitanzas para el último viaje.
Si las losas perforadas
evocaron en los sabios arqueólogos
los dólmenes del Sudeste peninsular,
un pequeño botón perforado
en forma de uve,
perdido en la cámara,
les recordó el ya usado
en todo el Occidente europeo;
y otro, llamado de tortuga,
idolillo tal vez, el ya frecuente
en todo el arco del mar mediterráneo,
que un día se llamará
sur de Francia, Andalucía
y otras tierras de España.

IV

Enebro y coscojas ocupan
gran parte del túmulo del Portillo de Enériz.
Y espesas matas de chaparros
rodean y abruman las hechuras
del dolmen de la Mina.
Extensas plantaciones de cipreses itálicos –cupresus semper-
virens-
desde cerca acompañan ahora
a los viejos panteones megalíticos.
Los romanos pusieron a sus muertos
estos fúnebres cirios airosos, vegetales,
y hoy día en Occidente,
los cipreses itálicos,
semper virentes, siempre verdes,
verdean de esperanza todos los camposantos.
En el dolmen de la Mina, además,
otros airosos cipreses, altos,
luminosos, eólicos,
susurran la perenne canción
de los vientos de Eolo,
símbolos universales de la vida,
sumándose así al cortejo natural.

V

No lejos, y más alto, del Portillo de Enériz,
Maluquer encontró los restos del poblado,
que pobló las galerías de los dólmenes.
Pequeño sin duda, al abrigo del cierzo,
cerca de un imprescindible manantial.
Todo un taller de hojas de sílex
halló en las afueras
del rimero de chozas de ramas y barro,
perdidas por tan frágiles:
hachas de piedra pulida
y restos de cerámica de antigua tradición,
amén de abundante material de deshecho.
Ningún otro poblado de tiempos megalíticos
era entonces conocido en el norte de España.

No sabemos de ellos mucho más:
qué pensaban, que creían,
qué esperaban, qué temían.
No parece que existieran entre ellos
diferencias apreciables:
debió de ser un pueblo familiar, igualitario.
Probablemente, siguieron
sepultando a sus muertos
en las mismas galerías de sus mesas de piedra
hasta la Primera Edad del Hierro,
setecientos años antes de Cristo.

VI

Beso devoto sus piedras
de arenisca venerables,
sus líquenes de oro viejo,
el color singular de los aires y los soles,
de los siglos incontables,
que las hace legendarias.
Galerías de piedra de la muerte y de la vida.
Pasillos de piedra para el viaje al ultramundo.
Acueductos de piedra de la vida fugaz,
que siempre fluye.
Puentes de piedra
sobre el oscuro río del destino.
Puertos de piedra
hacia leves horizontes infinitos.
Aras de piedra, que recogen las ofrendas,
que alimentan los retos
de la pervivencia humana.
Mesas de piedra, en que se sientan
los espíritus libres de todos sus difuntos...

¡Larga vida y luz eterna a los primeros
pobladores de Artajona!

*Recitado el 22 de agosto de 2021, en la Chofeta
del Cerco, dentro de los Atardeceres poéticos,
organizados por los Amigos de Artajona.*

